



## USTED PREGUNTARÁ “¿POR QUÉ NARRAMOS?”: UNA INVITACIÓN A JUGAR CON/ENTRE MIS OBSESIONES CON LA INVESTIGACIÓN NARRATIVA

## YOU WONDER WHY WE SING. AN INVITATION TO PLAY WITH/AMONG MY OBSESSIONS WITH NARRATIVE RESEARCH

María Marta Yedaide<sup>1</sup>



ARK CAICYT: <https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s27187519/2m95e3cya>

### Resumen

El texto a continuación recupera una presentación en el marco del *III Simposio de Estudios Descoloniales “Paisajes atávicos en los 20 años del Grupo de Investigación en Educación y Estudios Culturales”*, el cual nos invitaba a retomar los debates siempre inacabados sobre la investigación narrativa, su derrotero y afectaciones contemporáneas. En el escenario del Centro Cultural Victoria Ocampo, entre gente querida, tomé mi lugar para compartir reflexiones académicas ejerciendo algunas licencias, haciendo pie en la sensibilización e intensidad emocional de mis contemporáneas inquietudes. Lo que aquí comparto, con rasgos lúdicos, es una versión mejor desplegada de esos sentires puestos a consideración. La intención se anuda a la erótica, a la vocación por religar la afectación sensible como condición de disponibilidad para que (nos) acontezca algo importante.

**Palabras clave:** investigación narrativa; sensibilidad; ética; erótica

### Abstract

The text presents a particular account of a lecture delivered at the *III Symposium of Decolonial Studies: “Atavistic Landscapes in the Twentieth Anniversary of the Research Group on Education and Cultural Studies”*, where an invitation was extended to activate the always pending debates on narrative research, its courses and current affections. At Victoria Ocampo Cultural Center, among people I highly esteem, I overtook this academic discussion in a sensitive and intensely emotional, auto-biographical tone. This paper shares some of those reflections in greater depth and in a playful manner. It aims at arousing the erotica by creating sensitive affection and, thus, the conditions for something important to happen (to us).

**Keywords:** Narrative Research; Sensitivity; Ethics; Erotica



## **Introducción: Las reglas del juego**

Esta es una invitación lúdica, para mí y para quien quiera jugar conmigo aquí, para que nos demoremos en conversaciones que parecen teóricas pero lo son en un sentido levemente diferente al esperable. Es que cuando hablamos de teoría en general nos referimos a esas formulaciones asentadas en corpus bibliográficos abultados, avaladas por una comunidad erudita, y disponibles para el aprendizaje y el citado.

¿Qué otra cosa puede ser una teoría? Un verso o una verdad con credibilidad social, que en este juego que propongo sería lo mismo.

¿Cómo se juega entonces? Asumiendo, en el intervalo que lleve la lectura, que por teorías entendemos todos esos libretos que condicionan, o guionan, nuestros devenires. El sentido común estaría lleno de teorías, es decir, sería un acervo importante de verdades que orientan nuestra vida (común). Y las teorías académicas también serían teorías siempre que comporten el poder o la fuerza para disponernos, y habituarnos, a orientarnos de tal o cual manera en los cotidianos en los que producimos el presente.

También habría que tolerar que mi escritura se con-funda con las de escritores tan diversos como Sarah Ahmed, Karen Barad, Jane Bennet, Laurel Richardson, Paul Ricoeur, Antonio Bolívar, Jerome Bruner, Laurel Berlant, Omar Giraldo, Ingrid Toro, Gilles Deleuze, Felix Guattari y al menos diez más, así como con las voces de mis colegas amigos Luis Porta, Luciana Berengeno, Francisco Ramallo, Paula González y un puñado más.

No pienso nombrarlos de a uno ni referir a sus obras, excepto al final y por respeto— porque se honra a los primeros. El parentesco será evidente pero me gustaría asumir responsabilidad por el modo en que los cargo, los integro a mi ser-hacer y los contengo en un cuerpo que de todas formas nunca terminó en mi piel. Con ellos me lanzo a contar mi verdad, como un modo de devenir que se me impone y una fuerza—minúscula pero firme—para colaborar en la producción del presente.

Te invito a que el criterio para evaluar la discusión que sigue nazca en tus entrañas, tus sensibilidades, las regiones de vos que despierten tu afectación. Te invito a que te dispongas a entablar una relación con lo que sigue y definas, así, la importancia o el valor de esta obra. Siento que sólo así, con este anclaje visceral y esta bruta honestidad, despojada de la obediencia supuestamente debida a los regímenes de Verdad de la Academia, algo interesante podría suceder(nos) hoy.

## **A la merced del mundo**

Dentro de este marco/pacto, quiero contarte que hace un tiempo ya, durante la pandemia, una canción<sup>1</sup> interpretada por Juan Carlos Baglietto y Lito Vitale me tomó desprevenida. Hizo contacto conmigo. Y te lo cuento así con la expresa intención de colaborar con re-animar y re-encantar el mundo—tras la invitación provocativa de ambientalistas afectivos y otros vitalistas— para recordar-me que muchas veces son las “cosas” las que nos tocan, nos perturban y nos dejan a su merced, pese a nuestras tiernas, humanistas, ilusiones de control.



La canción, la noche silenciosa, la pandemia y un puñado de otras actancias/agencias me dejaron a la puerta de una angustia profunda para que duelara, por primera vez, a mi primo desaparecido. Mi llanto colaboró, veo ahora, con rescatarlo de la segunda desaparición—aquella performada con perseverancia y a lo largo de décadas por el silencio de nosotres, sus parientes. La canción reza una y otra vez, como un mantra, “Usted, preguntará por qué cantamos”, y unos versos más abajo dice:

Cantamos porque el río está sonando,  
Y cuando suena el río, suena el río  
Cantamos porque el cruel no tiene nombre  
Y en cambio tiene nombre su destino

Cantamos porque el niño y porque todo  
Y porque algún futuro y porque el pueblo  
Cantamos porque los sobrevivientes  
Y nuestros muertos quieren que cantemos.

Creo que por eso, cuando nos reunimos en la Villa Victoria con la excusa de celebrar los 20 años de nuestro Grupo de Investigación—y en encuentros que devinieron amparos y alivios de cara a las sombras entonces amenazantes y hoy pornográficamente desbocadas<sup>3</sup>—no había frase más oportuna. Y es que si bien empecé mi caminar en el Grupo con relativa ingenuidad, el itinerario devino en un abrazo a la narrativa como tecnología ético-política. Conté allí la historia, entonces, que revisito aquí, de cómo voy aconteciendo una y otra vez en este ser que narra “porque algún futuro y porque el pueblo”.

### **Enamorada del negro y el blanco**



Imagen 1. Lápida Maria Marta, dibujo de la autora 2023.

Creería justo si, al partir, mi lápida llevara esta leyenda: “Maria Marta: enamorada del blanco y el negro”. Sucede que mi obsesión con los enteros, las asepsias y la higiene conviven desde siempre, muy caóticamente, con mi vocación por los desmarques, las disoluciones, las indisciplinas. En mi relación con la investigación narrativa esto se ha comportado como un esquizofrénico intento de despojarla de todo lo que no “es”, para definirla sin vaguedad (no es indagación narrativa, no es hacer entrevistas para después formular generalizaciones, no es terapia, no es literatura, etc.), mientras reconozco que la vida entera es narrativa, porque es una tecnología primigenia que aglutina al cuerpo social. También he oscilado entre denunciar que decir “investigación narrativa” es decir una obviedad, por un lado, mientras aprovecho el sintagma para acuñar un nuevo modo de ser-practicar la ciencia en la contemporaneidad, por otro. Y entonces, sin haber resuelto el maniqueísmo que me posee, pedí allí, en la Villa Victoria, un poco más de paciencia para el inventario de mis recientes sentires respecto de este signo— investigación narrativa—que durante más de veinte años me y nos viene afiliando en la Universidad.

Presenté entonces y comparto ahora algunas tesis maniqueas respecto de la narrativa, así, en blanco y negro, para garabatear hacia el final una plegaria.

*Primera tesis: es y no es una historia*

En las primeras lecturas que realicé hace ya muchos años sobre la investigación narrativa, esta se presentaba como un enfoque en la joven tradición de la entonces llamada metodología cualitativa, la cual—tras el rastro de las objeciones decimonónicas sobre las particularidades de las ciencias del espíritu—admitía que los Hombres (así, en mayúsculas) no podían ser estudiados como animales de laboratorio (los abusos contra



estos no comportaban ningún dilema ético en ese tiempo), ya que la complejidad social y lingüística hacía impredecible explicaciones y predicciones como aquellas que se gestaban con los “datos” “recogidos” sobre otros “objetos”. (Hoy diría que la actualidad de esta creencia es inversamente proporcional a la longevidad de su descalificación, lo cual no deja de ser curioso: la inercia para la generación de datos objetivos u objetivables, así como la búsqueda de impactos, mediciones y relaciones de causa-efecto a partir de la constatación empírica es una viva obsesión aún de nuestros tiempos). Lo (auto) biográfico, en esta línea, apreciaba el rescate de la singularidad, aunque frecuentemente la terminara subsumiendo a algún pronunciamiento general o reescribiendo desde la perspectiva teóricamente informada del Investigador (en mayúsculas y masculino intencionalmente), como en el caso de entrevistas a docentes que devenían en re-interpretaciones de lo dicho o en declamaciones de cómo eran o debían ser las cosas. Hasta no hace mucho este también fue mi hábitat, es decir, el hogar mitológico construido por mis historias de llegada, la habitualidad que me alberga.

Esta peculiar forma de aproximación a lo científico—que ha sido travestida y/o resistida desde su origen—hablaba de la narrativa como una particular forma o registro del lenguaje. En otras palabras, alude a aquellas construcciones que tienen una estructura—marcada temporalmente por la introducción, nudo y desenlace—que transforman lo vivido en experiencia y/o habilitan la integración de la novedad a lo canónico, como un recurso para paliar la angustia existencial del sinsentido. Pese a las diferencias, había—hay todavía—un sobreentendido respecto a la narrativa como un género asociado a contar historias. Desde esta perspectiva, la investigación científica “dura”, con sus estadísticas, proyecciones y procedimientos de formalización, no sería narrativa.

Mi primera consideración opositora es, entonces, una invitación a pensar que “El agua llega a ebullición a los 100 grados Celsius” es también una historia, o muchas. Un día, en un lugar, cuando alguna/s persona/s pusieron a calentar agua, esta hirvió en ciertas circunstancias (que incluyen cuestiones tan dispares como la presencia/ausencia de determinados elementos químicos en el ambiente, o los propios instrumentos de medición e incluso el conocimiento técnico para operarlos). La supresión de los componentes contingentes de las historias en las formulaciones científicas tradicionales sería, si se considera esta invitación, un hábito moderno colonial de abstracción del conocimiento de los cuerpos, los tiempos o los territorios para sacralizar algunos puntos de vista particulares, a veces bienintencionados pero siempre nutrientes de privilegios y exclusiones.

Para no resolver la ecuación ni asimilar imprudentemente estas polaridades, dejo entonces planteados los dos extremos: a) la narrativa es una peculiar forma de pensar-vivir-ser investigación a partir de gestar historias, relatos de experiencias o “cuentos”; y b) todo cuanto decimos es narrativo, además de ficcional en el sentido de acuñado en condiciones que no son arbitrarias pero tampoco universalmente verdaderas. (El uso de la conjunción “y” entre las opciones dirá algo sobre mi espíritu en este texto, que expresaré con mayor despliegue en mi plegaria).

### *Segunda tesis: La forma como trampa fatal*

Voy a demorarme un rato para sostener uno de los extremos de esta tensión dicotómica que te propuse considerar arriba: narramos para dar forma, organizar la experiencia integrando lo inédito a lo conocido. Parece acertado en este mismo acto de escribir; también esa tarde en Villa Victoria cuando nos escuchábamos ávidos de unas palabras



que fueran sostén y alivio. La discusión académica implicada seguramente se inscribe en la antropología, los estudios del lenguaje, la psicología o el dominio en que estas disciplinas se intersectan, pero desde la autoridad que me confiere mi condición vital en ejercicio, podría aseverar que necesito entender para vivir. Afirmo mi andar en un conjunto de historias que me sostienen como una malla o hilado, en la cual tramo a la vez que soy tramada. Esas formas (mi nombre, mis razones para lo que hago, mi modo de ser madre, amiga, estudiante, etc.) son hábitos, territorios que (me) organizan la experiencia vital y me rescatan de la locura y el caos. Lo instituido es indispensable para la supervivencia, entiendo.

Propongo, no obstante, que el dislocamiento es igualmente indispensable para la erótica—es decir, para el despliegue de la fuerza vital creativa que nos sostiene conectados y afectados, y entonces genuinamente vivos. Lo he compartido ya muchas otras veces: hay que estar dispuesto a morir un poco, porque nada nuevo florece excepto en el compost de lo putrefacto. El ejemplo de aquel momento, que sigue pareciendo interesante compartir, es una referencia lúdica, más precisamente al Jenga, por parte de una colega. El juego se compone de un conjunto de 48 piezas de madera idénticas, originalmente dispuestas en un entramado que construye una torre; la invitación es a substrair una pieza para reubicarla encima de la pila sin dejar que colapse la estructura. Mi colega me contó que lo usaba en las clases, cobrando una suerte de “impuesto” al movimiento: cada vez que se removía una pieza había que responder una pregunta allí adosada. A mí, no obstante, me estimuló la dinámica primigenia del juego. Me impresionó como una bella metáfora o analogía con el intento—común, social, escenificado en la curiosa expresividad que es el propio devenir—de inventar sin salirse de la matriz gramatical o axiomática que nos garantiza inteligibilidad. La fuga completa es inconveniente, porque nos coloca en el dominio de la locura, y las piezas son indispensables para no tener que redefinir todo el tiempo nuestra territorialidad. Esa dependencia a lo heredado, con sus formas estables—aunque siempre maleables a las influencias, en el corto plazo o en la Historia larga, esa que no podemos contar las personas pero sí las rocas, los vientos y las montañas—es morada, alivio y amparo.

No obstante, creo que salirse de las formas es tan indispensable como preservarlas.

Identifico a esta fuga entonces como erotismo, como una activación de la condición vital a partir de nuestra disponibilidad a afectar y ser afectados. Aunque no lo restrinja a lo sexual en su connotación moderno-pornográfica, lo relaciono no obstante con la excitación, la sensualidad, la estimulación y la profunda conexión con lo sublime. Entiendo que es este estado de plenitud lo que vuelve tan amenazante al erotismo y comulgo con la tesis de que esa fuerza queda proxenetizada, cafisheada, en la epistemo-estesis de lo corriente en esta contemporaneidad moderna-colonial-capitalística afectarnos es ineludible, pero la analgesia social hoy prevalente censura y asfixia la intensidad de la expresividad erótica, cauterizando vías de conexión con las sensibilidades del ambiente que nos incluye.

La decisión consciente de re-erotizarnos —en este sentido de ejercer el deseo—implica no solamente la sana y sabrosa interrupción de los automáticos que nos tienen angustiados y desconectados, sino también la posibilidad de otras inauguraciones. Aprovechar ese suspenso estimulante—como al mover la pieza del jenga—anidado en la imaginación y el deseo nos re-anima y revive. La condición de vitalidad es dependiente, te propongo, de estos intervalos de latencia en los cuales la fuerza de la iteración se debilita y la actancia puede ser reorientada.



Siento que no podemos escapar a la urgencia de la forma; tampoco podemos morar indefinidamente en ella. La moderna pasión por fijar-nos es una ambición imprudente: nos desconecta, anestesia y separa. La fluidez de las formas, cuando se habilita, no las anula completamente sino que las hace bailar en el devenir. El misterio que se genera en esa pausa, esa resistencia al determinismo, alimenta nuestras pasiones y nos pone en vivificante movimiento.

La narrativa es una forma (o muchas); también una tecnología para el desamarre. Una más, dependiente también de la lengua de la Tierra, con la cual conversa.

*Tercera tesis: (NO) Es siempre autobiográfico*

Lo autobiográfico llegó a mí en la investigación educativa como un enfoque. Lo he visto incorporarse a las prácticas de investigación de forma moderada—como cuando las entrevistas sobre la enseñanza se indisciplinaban para aludir a cuestiones “personales”—y de otras más radicales, como ha sido (colaborar en) la producción de libros que documentan la vida (completa, personal-profesional-laboral-familiar-sensible-etc.) de docentes universitarios importantes. He leído tesis que se parecen a obras literarias, rebosantes de ficción y auto-referencialidad, y otras que hacen esfuerzos interesantes por hacer convivir las tradiciones académicas con el registro intimista de la propia experiencia. Este texto, sin ir más lejos, juega ese mismo juego.

Lo cierto es que también aquí es posible advertir opuestos (para despuntar el vicio del amor por el blanco y el negro). Porque si bien lo autobiográfico alude a un modo específico de habitar la investigación, no es menos cierto que toda actividad—incluida la Ciencia con sus ostentosas, y desmedidas, pretensiones—es ineludiblemente autobiográfica. Cada “cosa” que se investiga, los objetos y objetivos de investigación, llevan marcas territoriales, corporales, biográficas, históricas. Siempre están signadas, orientadas a partir de un conjunto de hábitos (incluidas las creencias y los axiomas, que son también creencias) porque no logran independizarse de las condiciones ambientales en que se gestan—no trascienden el plano terrenal y, entonces, se expresan a través nuestro, en nuestros idiomas que son en sí mismos devenires expresivos contingentes y particulares, hijos de sus tiempos, sus cuerpos y sus geografías (o sus ambientes, que es un modo de decirlo todo).

¿Por qué tendría sentido insistir en atender a esta presencia ubicua de lo autobiográfico? Entiendo que hay un gesto de honestidad, primero, que reside en la explicitación del propio punto de vista; también un sentido de justicia al hacerlo explícito, brindando a otros la posibilidad de aprender en nuestra clave “ambiental”—en clave de aquello que nos compone y componemos singularmente. Finalmente, la humildad se pliega al gesto: no podemos producir nada superior porque cada verdad es así, en minúscula, una teoría que se ha cocinado al calor de algunas condiciones vitales cosmogónicas contingentes. Sólo podemos performar estos cortes y religues con la expectativa de que otros se sumen y se produzcan las muertes y los renaceres deseados. Al micro movimiento singular le faltará siempre el milagro de la concurrencia de otros movimientos para la cristalización de nuevas disposiciones a la iteración. Los hábitos son productos sociales, devenidos tales por la relativamente azarosa coreografía que trazan las actancias (humanas y no humanas).

*Cuarta tesis: La narrativa (no es) importante*



Una de las cuestiones que vengo aprendiendo en itinerarios vitales alternativos a la Academia, y que se despliega cada vez con mayor presencia a mi alrededor entre amigos-colegas como Cris, Mariana, Paula y Lu, en Fran y Luis con sus recientes compañías, es la relativa infecundidad de la narrativa para “capturar” o “expresar” lo que vale o importa. Esto se había encendido ya en mí al leer a José Saramago, particularmente *El hombre duplicado*. Cuando se habla de allí de los subgestos, me veo convidada a pensar que gran parte del sentido está alojado en movimientos prácticamente imperceptibles (como un modo de ladear la cabeza hacia atrás), o cualidades de las “cosas” que actúan sobre nosotros afectándonos (como un color estridente en una remera). La narrativa parece ocuparse de lo más obvio, lo tosco y obstinado, aquello que logra amontonar suficiente volumen como para ser puesto en voz o letra; a veces incluso contradice los subgestos de modo de componer las ambigüedades que frecuentemente nos impacientan. También advertí este universo por fuera de la narrativa con Loïc Wacquant, cuando nos contó su tesis respecto de los sentidos portados por los cuerpos, aprendidos por y entre ellos en ocasión de crear los hábitos/hábitats del pugilismo. Con Luis e Isabel, con Fran y Rosana y Tiago y Mae y Magalí se fueron componiendo otras líneas de fuga a lo narrativo con las composiciones botánicas, artísticas, performáticas, lúdicas, domésticas. La narrativa se mostró una lengua entre muchas, conveniente pero modesta para la expresión y exploración de nuestras sensibilidades, como voy aprendiendo con Paula. También dicen los ambientalistas afectivos que conversa con la lengua de la Tierra y es en ese diálogo que se altera.

Además, “nuestros muertos quieren que cantemos”.

Roque Almirón. Así se llama el primo que fue desaparecido (no desapareció) un día de agosto en la ciudad de Buenos Aires. Lo desaparecieron algunas personas movilizadas por ciertas creencias con la siniestra confabulación del Horror-Estado de ese momento; probablemente lo encapucharon, seguramente lo torturaron y –dado que nunca encontramos su cuerpo—presumiblemente lo tiraron vivo desde un avión al océano. Yo no lo recuerdo pero está presente en mí y explica mi dolor y mi espanto, ambos vivos y contemporáneos. Decir su nombre no es lo mismo que no decirlo; hablar de él como un desaparecido sin decir que hay responsables de que desapareciera, que hubo horror en esto, construye un mundo de diferencia. Se hacen carne las políticas del nombrar, esas potestades que me gusta que ejerzamos para crear y componer una nueva forma allí donde el silencio violenta.

Tampoco fue lo mismo cuando se caía nuestro avión—o eso sentía. Estábamos con amigas regresando de Chile, el viento Zonda nos alcanzó sobre la Cordillera de los Andes. Vi el avión por la ventana; era de papel. Éramos puntitos sobre un avioncito de papel, sumamente precarios e insignificantes. Aprendí dos grandes lecciones: importan las compañías y la narrativa es la realidad. Todo lo que viví en ese avión en ese momento estaba guionado por la experiencia de una película, *Viven*, basada en hechos reales, de un avión que se estrelló en la Cordillera. Todo, todo lo que podía pensar o imaginar abrevaba de este registro. No había posibilidad de imaginar otra cosa; la realidad era eso. Una narrativa.

Iba sentada al lado de Luciana, una de mis personas favoritas y pensé: “Bueno, no es un mal modo de morir, con esta compañía”. También fue un sentir conocido: ante situaciones críticas en mi propia historia había llegado a la misma conclusión. No se puede evitar el dolor; el único alivio es transitarlo en buena compañía.



Y esta es una narrativa que me consuela cuando la vida se pone áspera. Va allí otra prueba del valor sustantivo de los relatos que (nos) contamos.

### **Una plegaria**

Huelga decir, quizás, que estas cercanías con la muerte—la descomposición, las desapariciones, la fantasía del desplome del avión—me ponen mística. Seguramente allí se explique esta extraña opción de terminar el juego en una plegaria. No la entono a un dios solo, sino a todos. Y es mi modo de asumir que los tiempos que camino me han vuelto intermitentemente escéptica y creyente.

La lógica del “y” me seduce, me rescata de esa esquizofrénica pulsión a tener que elegir, me releva de la dureza de esos bordes entre bien y mal para dejar que me abandone a los tonos menos literales de la belleza y la emoción.

En la Villa Victoria, aquella vez que nos encontramos, terminé la presentación con esta nueva lápida (quizá ahora podés comprender mejor mi selección de imágenes). No desdice mi encaprichamiento con los opuestos pero agrega que supe hacerme de buenas compañías y que sumé (con ellas y por mis propios méritos) un espectro de colores.

¿Qué donde se muestran esos colores?

Ya respondo, pero antes quiero volver a mi empecinamiento con los cortes.

Sí, los cortes. Una genuina obsesión mía de estos tiempos. Toda esta narrativa que aquí va atardeciendo podría leerse en clave de empeños personales por cortar—en absolutos extremos—los paños de otro modo homogéneos que se pliegan en los aconteceres fenomenológicos de mi devenir. He cortado o separado todo en dos (la narrativa, la autobiografía, la tendencia a la forma), para aprovechar el efecto que crea lo antagónico en la exploración de las opciones, y porque las tensiones constituyen una marca vital personal. En el mismo movimiento he integrado o aglutinado lo que suele andar cortado.



Imagen 2. Lápida Maria Marta, dibujo de la autora 2023.

La obsesión viene del realismo agencial; este de la física cuántica registrada en los cuadernos de Niels Bohr. Un par de historias, o cuentos, que devienen para mí tan interesantes como remover una de las piezas del Jenga, esa que amenaza con el desmoronamiento. Porque si logro reacomodar esa pieza, la torre puede tener una estructura más provisoria, más maleable, más abierta a la eventualidad de una correntada o un descuido. Y si la torre finalmente cae y colapsa, todavía están las piezas, esas que garantizan que no todo se descompone y la opción nunca es la locura o el sinsentido absolutos. Siento que hay espacio para jugar, en el *impasse* contemporáneo, sin que nada sea irremediamente fatal. La pulsión por sacar algunas piezas de su lugar es importante, y no solo erotizante, porque el estado actual de la estructura es lacerante para muchas.

Estoy casi convencida de que la potestad de cortar y religar está distribuida entre todos nosotros y con las “cosas”; la vocación para dirigirla en la orientación del propio deseo o la propia ética es un movimiento que requiere conciencia o atención, me parece. El erotismo es el combustible y el riesgo el costo a afrontar.

Los cortes me excitan porque veo en ellos una oportunidad de mover alguna pieza.

También es cierto que ando de espaldas a estos cortes en la cotidiana producción del presente. Mi transcurrir doméstico y corriente se parece más a la tela que se pliega y refracta colores, a veces más tenues, otras rabiosamente intensos. Allí/aquí contar realmente se parece a cantar: es componer una versión posible del devenir vital—si somos virtuosos o tenemos suerte, incluso una versión hermosa—que ofrecemos al



viento con la expectativa de que alguien nos reconozca y valide: “Quiero ser el murmullo de alguna ciudad”, como canta Babasónicos.

Componer al contar es una de mis pasiones, confieso. Va mi plegaria por seguir haciéndolo en buena compañía.

Gracias por haberte prestado a jugar conmigo a esto de vagabundear con el corazón abierto por reflexiones al ras de lo simple pero importante.

### **Participaron conmigo y en mí (sin saberlo)**

Ahmed, S. (2019). *Fenomenología queer: orientaciones, objetos, otros*. Trans. Javier Sáez del Álamo. Barcelona: Ediciones Bellaterra.

Ahmed, S. (2020). *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Buenos Aires: Caja Negra.

Barad, K. (2007). *Meeting the universe halfway: Quantum physics and the entanglement of matter and meaning*. Durham, NC: Duke University Press.

Bennet, J. (2010). *Vibrant Matter. A Political Ecology of Things*. Duke University Press

Berengeno, L. (2021). Movimientos para/en experimentar la investigación; anclajes y complicidades que cohabitan paisajes metodológicos. *Revista Entramados-educación y sociedad* No. 9, Año 8, pp. 36-46. Facultad de Humanidades de la UNMdP, Argentina.

Berengeno, L. (2021). Narrar la escucha: una práctica creativa para la re-construcción de las ciencias sociales como un espacio para actuar-pensar al servicio de la vida. *Revista Argentina de Investigación Narrativa* N° 2, Vol. 1, pp. 95-109. Facultad de Humanidades de la UNMdP, Argentina.

Berengeno, L. y Porta, L. (2023). Habitares impermanentes enlazados a una historia. En M. Rodríguez y R. De Almeida (Orgs.) *Red de educación contemporánea en América Latina: Tendencias latinoamericanas en investigación: volumen III*. Faculdade de Educação da Universidade de São Paulo, 111-129

Berlant, L. (2020). *El optimismo cruel*. Trad. Hugo Salas. Buenos Aires: Caja Negra Editora.

Bolívar, A. (2002). “¿De nobis ipsis silemus?”: Epistemología de la investigación biográfico-narrativa en educación. *Revista Electrónica de Investigación Educativa*. Vol. 4, No. 1.

Bolívar, A., J. Domingo & M. Fernández. (2001). *La Investigación Biográfico-Narrativa En Educación. Enfoque y Metodología*. Madrid: La Muralla.

Bourdieu, P. (2008). *El sentido práctico*. Barcelona: España Editores.

Bruner, J. (1991) *Actos de Significados*. Madrid: Alianza.

Bruner, J. (1997). *La educación, puerta de la cultura*. Madrid: Visor.

Bruner, J. (2003) *La fábrica de historias: derecho, literatura, vida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina, S. A.

Deleuze, G. & Guattari, F. (2020[1988]). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Pre-Textos.

Despret, V. (2022). *Habitar como un pájaro: modos de hacer y de pensar los territorios*. Cactus

Dussel, E. (2000). Europe, Modernity and Eurocentrism. *Nepantla: Views from South* 1.3, 465-478.

Edgardo Lander (Comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales: perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires; Ciccus Ediciones.



- Giraldo, O. F. & Toro, I. (2020). *Sensibilidad ambiental. Sensibilidad, empatía, estéticas del habitar*. El Colegio de la Frontera Sur: Universidad Veracruzana.
- González, P. y Salandro L. (2021). La corporeidad en los trayectos de formación de profesoras y profesores de inglés: una experiencia de taller teatral en clave de formación docente. En *Revista Entramados: educación y sociedad*. No. 10, Año 8. Facultad de Humanidades de la UNMDP.
- Haraway, D. (1988). Situated Knowledges: The Science Question in Feminism as a Site of Discourse on the Privilege of Partial Perspective, *Feminist Studies*, 14 (3): 575-99.
- Haraway, D. J. (1997). *Modest\_Witness@*. New York, London: Routledge.
- Lyotard, J. F. (1979). *The Postmodern Condition. A report on knowledge*. USA: University of Minnesota Press.
- Porta L y Berengeno, L. (2023). Cuajar movimientos sensibles para des-morar mundos. En: Yedaide, M. M. y Valdivia, M. (ed). *Des-educaciones: trazos para desaprender a investigar en compañía*. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, pp. 30 - 54.
- Porta, L. (2021). *La expansión biográfica*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Quijano, A. (1997). Colonialidad del poder, cultura y conocimiento en América Latina. *Anuario Mariateguiano*, IX/9: 113-121.
- Ramallo, F., Berengeno, L. y Yedaide, M.M. (2021). El placer en la investigación en educación: Tránsitos afectivos y afectantes como resistencia erótica (nuevas eróticas del rigor). *Revista Interinstitucional Artes de Educar* V.7 N°1, pp.1738-1770 (Universidad Estadual de Río de Janeiro, ISSN 2359-6856).
- Richardson, L. & St. Pierre, E. (2005). Writing: A Method of inquiry. En Denzin N. & Lincoln Y. (Eds), *The SAGE Handbook of Qualitative Research*. USA: Sage.
- Richardson, L. (1997). *Fields of Play: Constructing and academic life*. Nuevo Brunswick (New Jersey): Rutgers University Press.
- Ricouer, P. (2001). *Metáfora viva*. Madrid: Trotta.
- Rivera Cusicanqui, S. (1998). Experiencias de montaje creativo: de la historia oral a la imagen en movimiento. *Memoria/Encuentro: Diálogo sobre escritura y mujeres*. La Paz. Compilación y edición de Ana Rebeca Prada, Virginia Ayllón y Pilar Contreras.
- Rivera Cusicanqui, S. (2017). Historias Debidas VIII: Silvia Rivera Cusicanqui. *Canal Encuentro*.
- Rivera Cusicanqui, S. (2018). *Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos desde un presente en crisis*. CABA: Tinta Limón.
- Rolnik, S. (2019). *Esferas de la insurrección: Apuntes para descolonizar el inconsciente*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Wacquant, L. (2005). Conexiones carnales: sobre corporización, aprendizaje y pertenencia. Sobre *Body and Soul. Notebooks of an apprentice boxer*, Oxford University Press, New York and Oxford, 2004. En *Qualitative Sociology*, V. 20, N° 3, verano del 2005.
- Walsh, C. (2011). The politics of naming. *Cultural Studies*, 2011. Routledge. 1-18.
- Yedaide, M. y González, P. (2021). Mientras actuamos historias: una mirada de/a/desde la universidad en el devenir de la covid-a. En *Revista Praxis Educativa*. Vol. 25. N° 1, 1-18.
- Yedaide, M. y González, P. (2023). Acuerpando emergentes: una posibilidad metodológica en la investigación narrativa en educación. En Rodríguez, M & De Almeida, R.



(Comp.). *Red de Educación Contemporánea en Latinoamérica: Tendencias Latinoamericanas en Investigación, Vol III*, 68-88. FEUSP

### **Notas**

<sup>1</sup> Profesora de inglés, Especialista en Docencia Universitaria (UNMDP) y Doctora en Humanidades y Artes, con mención en Ciencias de la Educación. Profesora del Departamento de Ciencias de la Educación e investigadora del Centro de Investigaciones Multidisciplinarias en Educación (CIMEd); Directora del Grupo de Investigación en Escenarios y Subjetividades Educativas (GIESE) e integrante del Grupo de Investigaciones en Educación y Estudios Culturales (GIEEC); Directora del Grupo de Extensión Reescrituras en el Campo de la Educación; Directora de la Revista de Educación; Coordinadora del Área de Posgrado—Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata. [myedaide@gmail.com](mailto:myedaide@gmail.com)

<sup>2</sup> La canción, tomada de una poesía de Cotidianas, de Mario Benedetti (1979), transmutó en una versión musical de Alberto Favero, popularizada por Nacha Guevara, que entró esa noche a mi cuarto sin permiso.

<sup>3</sup> En noviembre 2023, unos días antes del Simposio, se había elegido presidente en la Argentina. Una elección democrática que, no obstante, hacía prever que asomaba una era de autorización de algunas clases de crueldad y violencias alentadas por la terrible/temible indulgencia social respecto de ciertos abusos. En ese momento había perplejidad y una clase de parálisis entre nosotres; hoy, lamentablemente, acusamos el dolor de las indignidades que se van sucediendo.